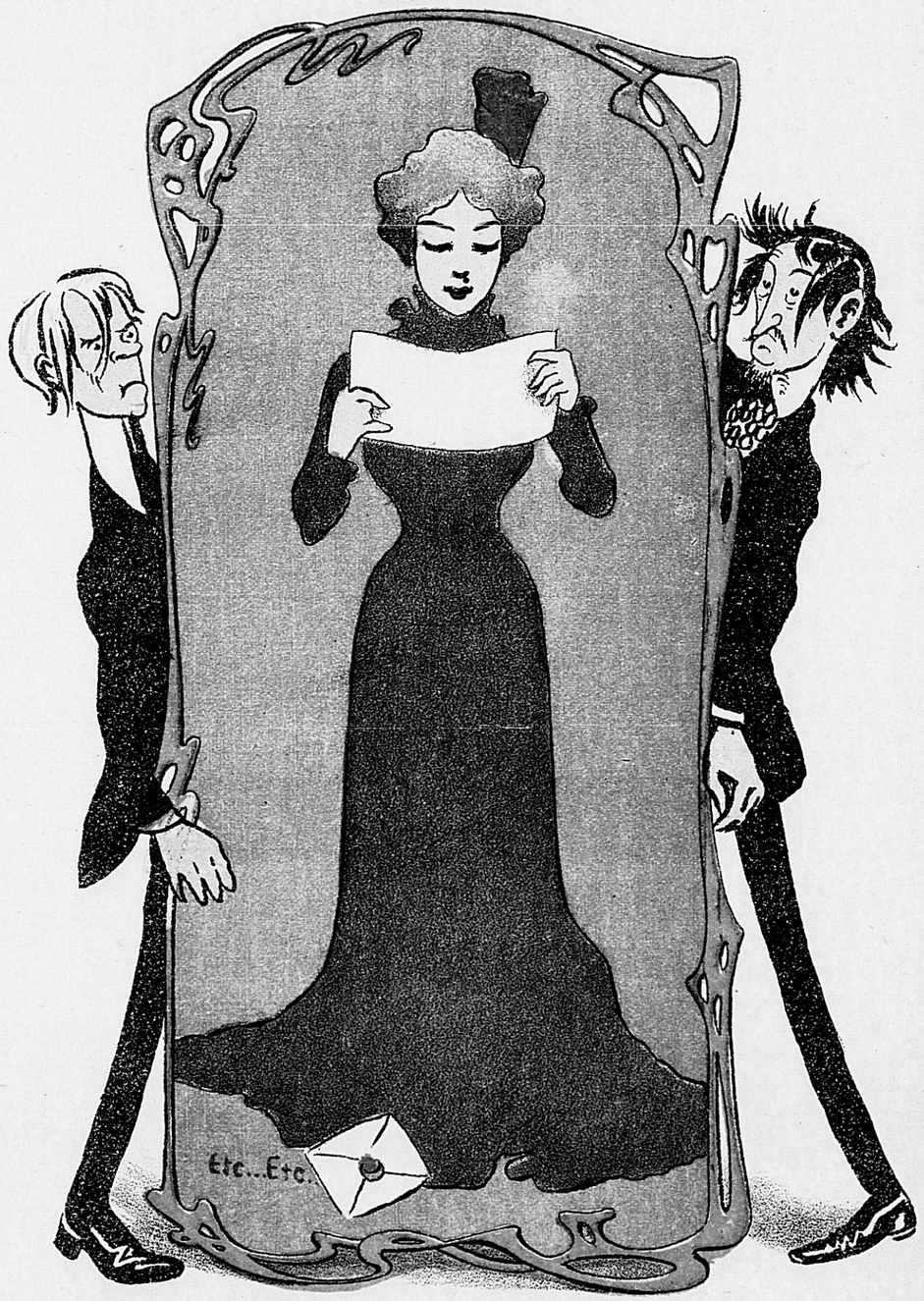


¡Esta es su carta... esta es su carta!

(Música de Gigantes y Cabezudos)

La Saeta

698

6 OCT. 1979

20 Girls

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles*.

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

El juez á una señora:

—¿Dice usted que ese individuo la ha abofeteado, la ha tirado al suelo y la ha pisoteado?

—Sí, señor.

—¿Es usted su parienta?

—Soy su suegra.

El juez, señalando á la puerta:

—Entonces, ¿de qué se queja usted?

Gedeón pregunta á su hijo:

—¿Qué has aprendido hoy en el colegio?

—He aprendido el femenino; *mamá* es femenino.

—¿Y tú?

—Masculino.

—¿Y yo?

—Tú, papá, eres singular. Así lo dice mamá.

—Me encantan los niños, y este chiquitín es precioso. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Tres meses y medio.

—¿Y es el último que ha tenido usted, señora?

En una tertulia:

Un caballero á una señora de edad ya muy madura:

—¿Qué edad tiene usted, señora?

—Nadie tiene más edad que la que representa.

—¡Oh! No será usted tan vieja.

Un médico, en tiempo de epidemia, daba consejos preservativos en un círculo de amigos.

—Sobre todo,—concluyó,—nada de apartarse de los hábitos ordinarios. No hacer nada extraordinario: eso es lo más peligroso.

Al oir esto, se echa á temblar uno de los asistentes.

—¿Qué es eso, Martínez?—le preguntan con solicitud los demás.

—¡Desgraciado de mí! Que hoy me ha dado la ocurrencia de lavarme los pies.

Charada

La Pepa, que es una chica
natural de *una-dos-tres*,
me ha enseñado un *tres* con *dos*,
regalo de don Ginés.
La *dos-prima* vale mucho;
es su madre, doña Inés,
de *tres-prima dos-tercera*.
Su padre también lo es,
y termino esta charada
y no digas es *tres-tres*

MORENO

Terceto silábico

** ** ** 1.ª Prenda de vestir
** ** ** 2.ª En las torres
** ** ** 3.ª Nombre de mujer

CONSUELÍN

Jeroglífico

50 a 2 PR 500 I 100 : 2

FRANCISCO PAN ESTABAN

Fuga de vocales

C . m . l . V . rg . n, ll . r . b .;
c . m . l . V . rg . n, n . t . v .
q . . . n . nj . g . s . s . s l . gr . m . s.

Adición y combinación

= Fa = Lera =

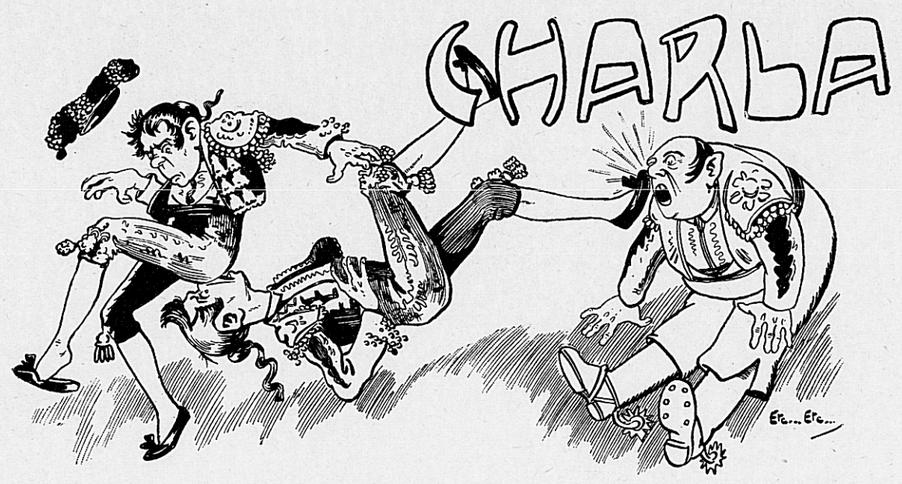
Con las letras sobredichas
es muy fácil componer,
si una vocal adicionas,
cierto nombre de mujer.

P. P. LERA

Soluciones á lo insertado en el núm. 697

CHARADAS.—I, Natalia.—II, Tabaco.
ADIVINANZA.—Artemio.
JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Nacimiento.
COPA NUMÉRICA.—Villaluengos.

AÑO XV BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1904 NÚM. 698



Y se verificaron en España las primeras de la temporada.

Bien ha hecho Maura en darle un portazo al Congreso. Bastantes *juergas* tenemos ahora con las corridas de toros que se nos preparan.

Y parece que se van á ver cosas tan nuevas como estupendas.

Las empresas más conocedoras del buen gusto de los aficionados, están decididas á contratar por lo que pidan, á aquellos *diestros* que se encuentren dispuestos á dejarse coger con todo el aparato que su argumento requiere

Y ocurrirán escenas por el estilo de ésta que voy á relatar.

—¿Conque usted es el *Mengue*?—preguntará el señor empresario.

—Zi, zeñó, er *Mengue*,—seguirá el torero con gran aplomo.

—¿En qué plazas ha toreado usted?

—En toas, porque pá mí no hay plaza mala, ni toro que no me zirva.

—¿Y qué le ha dicho la prensa?

—No lo zé.

—Pues, hombre, sí que es usted despreocupado. ¿Es que no le importan los juicios críticos?

—Es que no zé de letra.

—¡Caramba! Este ya es un dato que le abona en su carrera, y creo que nos arreglaremos.

—Muchas gracias, zeñó impresario.

—¿Y de cogidas, cómo andamos?

—Mu bien.

—¿Eso quiere decir que no ha tenido?

—Pues quie dici todo lo contrario. Las tengo de toas clases pa servir á usté.

—Se agradece.

—La urtima fué mortá zigún er diamétrico der doctor. Er toro me tiró ar zuelo, dándome una corná por entre las costillejas, y revolándome sobre un cabayo que hasía er testamento. Er probe animalito abrió un ojo y al fijarse en mi faja, que era verde alfalfa (y usted perdone), se me agarró á esta parte del vientre, endiñándome tres bocaos con toa la barba.

—Pero, al fin, sanó..

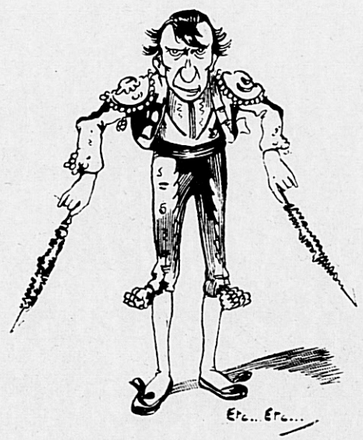
—¡Malas puñalás le den á usted, guaza viva! Eso ni que decir tiene.

—Pero, vamos á lo principal.

—Vamos ande usted quiera.

—Sentiré agraviarle...

—A mí no me agravia un impresario más que cuando ze las guiya por la puerta de arrastres antes de que suerte er urtimo.





—Por ese lado ya puede estar tranquilo. En mi plaza siempre se le ha pagado á todo el mundo.

—Pues, entonces, eche uzía por eza boca, que no me zentará malamente.

—Hablemos en plata.

—Manque zea en perras.

—¿Sabe usted dejarse coger?

—Ahí tiene usted la zuerte en que me distingo.

—¡Magnífico!

—Cuando zuertan un toro, ya no tengo hora zegura, ni zitio zeguro, ni ná zeguro. Lo mismo estoy de pies que de cabeza, y no ha sio la primera vez que haya visitao er tendío. Yo zoy azí. Ziempre en los cuernos, como mi provesita mare...

—¿Cómo?

—Murió haciendo de doña Tancreda.

—¿En la misma plaza?

—No, zeñó, en la cárcel, de una mala digestión der rancho.

—Bueno, bueno, vamos al asunto.

—Vamos donde usted quiera.

—Para el principio de temporada y con objeto de acreditar la plaza, necesito una cogida de la gordas.

—¿Con ayes, zalida de intestinos y colarso finá?

—Una cosa parecida.

—De ezas me quedan tres archivás.

—¿A cómo?

—Miusté, ezo ze paga la mitá en er acto der contrato y la otra mitá en er féretro.

—¿Cómo en el féretro?

—O en la enfermería, en la propia mano de mi apoderao.

—Aceptado. Ahora veamos el precio.

—Zi hay rotura de miembro, mir pezetas, y zi es cuestión de tejidos, quinientas.

—¿Y usted me responde de que no habrá engaño?

—Ze lo juro por estas.

—Pues ahí van las quinientas pesetas...

—Compare, usted quié que me rompan un güezo...

—Hombre, yo...

—Claro; cuando me larga las quinientas del ala, es que se decide por la cogía con rotura de remo.

—Si usted no lo toma á mal, ese sería mi deseo.

—¡Quiá! Yo estoy pa darle gusto á las empresas. Y no le he ofrecío una cogía acompañá de fayecimiento, porque la tengo comprometía pa inaugurar una plaza que están haciendo en Montevideo.



* * *

Ahora ustedes dirán lo que les ha parecido el contrato.

¿Que lo encuentran exagerado?

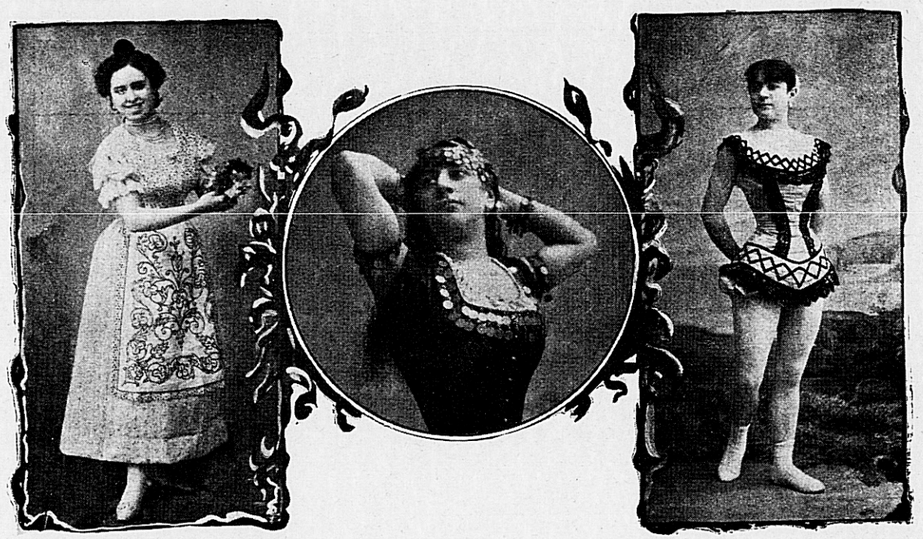
Pues aun verán cosas mayores, si se deciden á no perder corrida en la presente temporada.

Hay la mar de *Mengues* dispuestos al suicidio.

JOAQUÍN ARQUES



—Nobles señores, una limosnita, que está lloviendo.
—¿No tenéis padres?
—Sí, señor. Pero mi madre, cuando llueve no sale.
—¿Y tu padre, qué hace cuando llueve?
—Mojarse.



Quien da primero...

«Hombres necios, que acusáis
á la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;
si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
. . . . . .
Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas;
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.»

Sor Juana Inés de la Cruz

I

La bella Serafina, sentada junto á una mesa, en la que apoya los codos, apretando su frente con ambas manos, como si procurase retener los negros pensamientos próximos á escaparse, que torturan su cerebro, permanece algunos instantes abstraída en hondas meditaciones; los ahogados sollozos y tenues suspiros que de su pecho lanza por intervalos, revelan claramente la profunda agitación de un alma y la gravedad de su pesadumbre.

Al mismo tiempo, con frase entrecortada, murmura:

—Es necesario, cuésteme lo que me cueste, resolver el conflicto; no creo que Lorenzo se niege á demanda tan justa. Ya que, cegada en mal hora por sus halagos, consentí en sacrificarle mi honor, él está obligado, sino por mí, por el fruto sin ventura de aquel extravío, á cumplir como caballero la palabra empeñada, rompiendo ese nuevo compromiso para casarse conmigo.

Después de una ligera pausa, continúa:

—Sí; él es bueno y á pesar de todo, me quiere. Cuando yo le hable en nombre de su hijo, invocando el recuerdo de las promesas y juramentos con que logró seducirme y vencer mis honestos escrúpulos hasta hacerme suya en cuerpo y alma, comprenderá las razones que me abonan y saldrá de su error. Aun tengo esperanza de triunfar en esta lucha; no perdamos tiempo, que dentro de ocho días se casará y es preciso evitarlo. Me aconsejaré de mi madre y ojalá mis súplicas penetren en el corazón de Lorenzo guiándole por el camino de mi felicidad.

. . . . . .

II

—Ya es tarde, Serafina; tus esfuerzos para convencerme resultan inútiles.

—Parece mentira, Lorenzo, que así te portes con la mujer que tanto te ama; ni siquiera el cariño de padre arraiga en tu corazón... ¡Qué será de mí y de *nuestro* hijo!...

—¿Nuestro?...—interroga el galán expresando fingida incredulidad en una sonrisa.

—Sí, *nuestro*,—apoya Serafina con firmeza é indignación mal comprimida.

—Será porque tú lo dices.

—Porque es verdad y harto lo sabes, aunque ahora te convenga manifestar duda que me ofende.

—Bueno: ¿y qué?... Yo no soy culpable de tu fragilidad.

—¿Cómo que no?—exclama Serafina, conteniendo á duras penas el llanto que pugna por brotar á raudales de sus ojos.—¿Quién, sino tú, encendió en mi pecho, con palabras de fuego, llenas de pasión, la llama de amor que acabó por devorarme? ¿Quién, sino tú, trastornó mi juicio de niña inexperta y enamorada, hasta el punto de hacerme olvidar mis deberes para caer en tus brazos?...

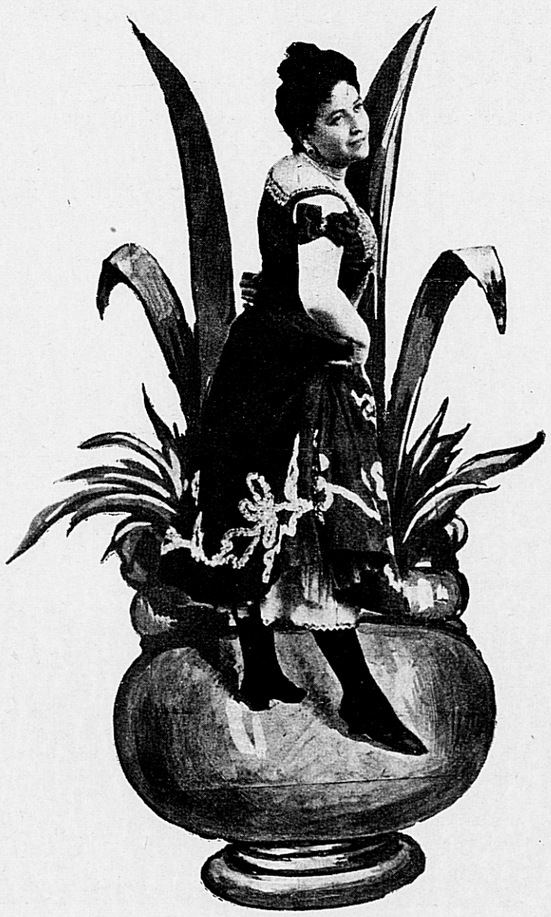
—¿Quieres que pague yo tu liviandad?

—¡Mi liviandad!... Eso dice el mundo, esa es la ley... Nosotras, sólo nosotras somos responsables ante la sociedad, de nuestra flaqueza. Los hombres... ¡Ah! Para los hombres es timbre glorioso abusar de nuestra sensibilidad y se complacen en vernos abatidas y humilladas. Sí; nos buscáis, que no vamos á solicitaros; nos halagáis con deslumbradoras promesas, que nosotras, ignorantes de lo que el mundo es, creemos de indispensable sinceridad; nos asediáis con súplicas y juramentos; nos acometéis, en fin, con cuantas armas habéis á mano para seducirnos, y una vez logrado vuestro criminal antojo, nos despreciáis, llamándonos livianas y abandonándonos, crueles, al ludibrio más espantoso, deshonradas y miserables.

—Serafina, acortemos razonamientos inoportunos y procuremos quedar en paz, como buenos amigos.

—Después del desprecio, la burla; hieres á traición y retuerces el puñal en la herida.

—No; quiero únicamente probar que me tratas con notoria injusticia. Aunque tú pienses lo contrario, nada te debo, ni estoy obligado á nada por la ley, toda



Maceta artística, que le pienso regalar á Pepita Alcácer, la noche de su beneficio

vez que el pleito de mi supuesta paternidad es cosa muy difícil de resolver como tú quisieras.

—¡Ingrato! De eso te vales.

—Pero tampoco pretendo apartarme de la razón y te indemnizaré con creces del sacrificio que, según afirmas y no he de negar en absoluto, hiciste mal aconsejada por el amor que yo lograra inspirarte.

—¿Qué vas á proponerme?

—Escucha con calma: te asignaré una cantidad mensual para mantenimiento de tu hijo, á cambio del silencio más absoluto, respecto á nuestros amoríos de ayer; ni puedo, ni debo hacer más...

Serafina, abochornada, se levanta del asiento y clavando en su indigno seductor una mirada llena de rencores y amenazas, se despide diciendo:

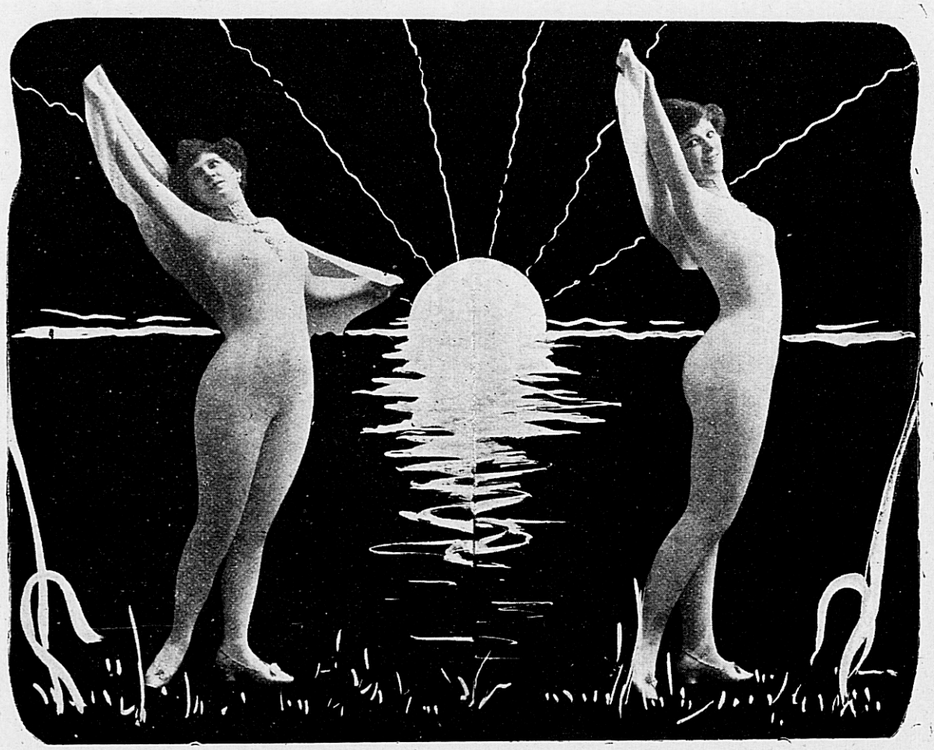
—Un puñado de plata, á cambio de mi deshonra y mi silencio... ¡Canalla! El cariño, la virtud, el honor de una mujer, no es para vosotros más que una mercancía que se vende al precio en que la estimáis... Basta, ya sé lo que debo hacer.

Y, sin despedirse, abandona para siempre aquella casa, sepulcro de sus ilusiones, murmurando:

—¿Por qué consiente Dios que vivan tantos bribones en el mundo? No importa; jugaré la última carta; ella, como mujer, comprenderá mis cuitas y procurará el remedio á mi infortunio. Mucho me cuesta suplicar á una rival afortunada, pero es indispensable.

III

—¡Pobre Serafina! No puede usted figurarse cuánto lamento su desgracia.



Saludemos al sol, que tales cosas alumbra



Una plegaria primaveral

—Señorita, en usted cifro mi única esperanza de salvación.

—¡Débil esperanza!

—No la defraude usted y prometo ser su esclava.

—¿Tanto quiere usted á mi futuro esposo?

—Se trata de mi honor, manchado por él.

—¡Ay! Eso es muy grave.

—¿Comprende usted mi situación?

—¿De modo que fué usted seducida por Lorenzo y...?

—Juro á usted que resistí cuanto pude y él es buen testigo, pero tanto y de tal manera insistió, que, al fin, rendida y enamorada...

—Ya, ya... Conozco sus mañas por experiencia propia, y sé que es irresistible. Harto me pesa no haber sabido á tiempo lo que usted me dice... ¡ahora ya es tarde!

—Aun puede usted negar su consentimiento...

—¡Jamás!...

—Hacer que sea Lorenzo quien desista...

—No seré yo quien lo intente.

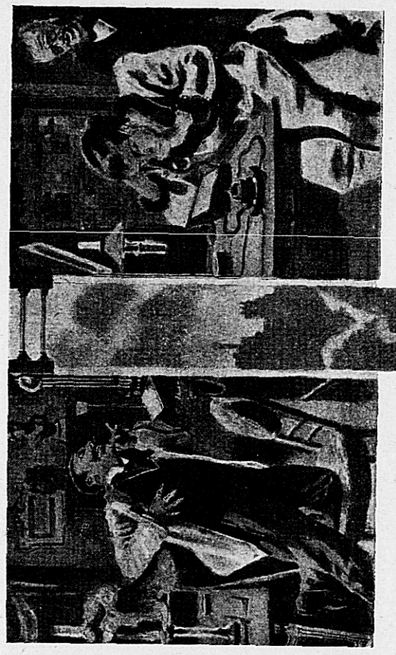
—Por Dios, señorita... ¡mire usted que es el padre de mi hijo!...

—¡Y del mío!...—exclamó entonces la prometida de Lorenzo, añadiendo:—¡Cómo quiere usted que le suelte teniéndole ya sujeto!...

LUIS FALCATO

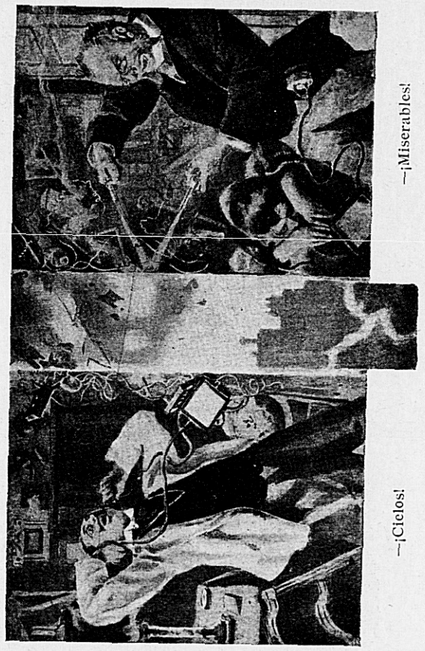


Esta pareja amorosa
ó me trata de engañar,
ó se va con el invierno
hasta que vuelva á nevar.



—Más tienes tú para mí.... ¡pi-llastrón!...

—¡Já, já! Qué gracia has tenido.



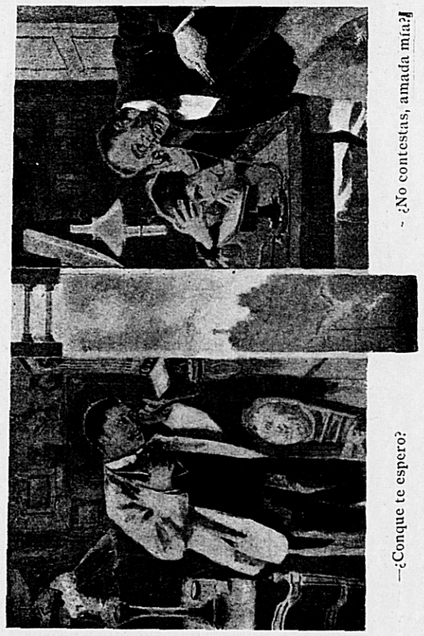
—¡Miserables!

—¡Cielos!



—¿Y si mi marido no me deja, me lo como?

Drama telefónico.—Ya sabes que esta tarde te espero en casa de Andrea.



—¿No contestas, amada mía?

—¿Conque te espero?

Postales galantes

SAGRARIO ÁLVAREZ

(Informaciones de LA SAETA)

No una estrella más en el *género ínfimo*, sino una nueva estrella, y de primera magnitud, por añadidura, representa Sagrario Álvarez. Apenas ha quince días que debutó en Romea con bailes españoles, y ya ocupa un envidiable puesto que le permite codearse con la *veterana* Pepita Sevilla y la *indiscutible* Fornarina. Cariñosamente, entusiásticamente recibida por el público madrileño, que tiene buen gusto para elegir sus favoritas, Sagrario es ya una de ellas, y no creo equivocarme si le auguro carrera brillantísima en el género donde la hermosura es el *factotum*.

¡Ella la derrocha! De aquí mi vaticinio.

Yo la he visto en escena, y juro por mi ánima que le ofrecí con el pensamiento un trozo de trono donde se sientan las mujeres hermosas y desde donde reinan con carácter absoluto... Por eso, sin duda, cuando departíamos amigablemente una tarde en un elegante piso de la Carrera de San Jerónimo, en periodística *interveew*, que ofrezco á ustedes, fué para mí un relámpago, quizás porque las horas no son horas en los grandes arrobamientos...



Sagrario Álvarez

Despertamos... y dejé sitio al extasiado admirador, el á veces importuno *reporter*.

Hija de una familia acomodada, Sagrario Álvarez se ha hecho artista por *sport;* acaso en su cabecita de dieciséis años se albergan sueños de gloria, ó acaso se trate de un capricho que muera con el primer soplo de la novedad; el hecho es que con unas lecciones de baile en casa de Turrión se lanza á las tablas y... triunfa. Eso sí, su madre no se separa de ella, no sale, como las demás compañeras, al *foyer*, ni *flirtea* en asaltos galantes. Trabaja sin contrato, no ensaya, es independiente por completo, salvo que algún moreno (su tipo favorito de hombre) no ejerza sobre ella la más sabrosa de las dictaduras... y esto ni puedo afirmarlo, ni siquiera tengo motivos para presumirlo. Sagrario, íntima, hace esta vida: se acuesta á las dos y media de la madrugada; se levanta á las doce; come á la una; da lección de piano con su profesor, el maestro Altamira, y después sale de paseo hasta las ocho, en que vuelve á peinarse; y se va á Romea. Su plato favorito en la mesa, las pechugas de pollo. El perfume que usa, trébol encarnado; y entre los colores predilectos para sus trajes, el azul; como prefiere las camelias entre las flores. Le gusta el teatro mucho, y de los que trabajan, Rosario Pino y Morano, así como de las obras en el género chico le concede la palma á *A casarse tocan*. Por último, en su repertorio de baile ocupan lugar preferente las *soleares* y las *peteneras*, si bien el público no se cansa de verla bailar el «tango Sagrario», escrito expresamente para ella por el maestro Altamira.

De sus futuros planes me dijo algo: piensa hacer muy pronto un viaje artístico por la América del Sur, y no sería difícil que antes tuvieran ocasión de aplaudirla ustedes ahí en Barcelona.

No pregunté más, ó, si lo pregunté, no lo recuerdo. La memoria suele ser infiel cuando dos pupilas negras profundas, de mirar candoroso y expresión escudriñadora, paralizan la lengua y agarrotan el pensamiento. Por eso cuando ella, riéndose cariñosamente de mis preguntas repetidas, exclamó: «Parece que estamos representando una escena de *La vida íntima...*», saboreando á mis anchas aquel cuerpo divino de curvas vaporosas... y aquella cabellera de ébano cayendo traviesa sobre un nido de nácares purísimos, comprendí que el gran Villegas moviera sus pinceles sobre el lienzo para dejar en él á la muñeca de los ojos grandes, de los labios rojos; á la deliciosa morena que ha entrado en las tablas despertando envidias y obscureciendo ídolos.

¡Ah! Mi enhorabuena á la empresa, que le ha caído un premio gordo de los auténticos.

F. DE U.

Anécdota

Un joven agregado de embajada escribió una comedia con el título de *El zapato de baile*, que fué representada por personas de la alta sociedad en una gran fiesta dada en el palacio de la legación.

La princesa O..., se encargó del primer papel, y habiéndole gustado mucho, rogó al autor la misma noche de la representación, que le diese una copia de su obra á fin de representarla en su casa.

Tanto honor lisonjeó al noble diplomático, que ofreció presentar su trabajo á la mayor brevedad.

En efecto: pasados algunos días fué con el manuscrito á casa de la princesa.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó un lacayo.

El agregado temió que la princesa hubiera olvidado su nombre, y contestó:

—Diga usted á la señora princesa que le traigo *El zapato de baile*.

Y el lacayo, abriendo la puerta del tocador de su ama, anuncio:

—El zapatero de la señora.



No hay como la fina gasa
para tapar desnudeces.

es mi tela predilecta...
con el permiso de ustedes.

Rusos y japoneses

Ella y yo nos amábamos mucho, muchísimo. Yo la creía buena, casta, inocente y pura, y deliraba con su cariño; ella me juzgaba fuerte, pero apacible, dócil y complaciente, y enloquecía con mi amor. Nuestras pláticas amorosas eran el discurso de un poema digno de ser puesto en octavas reales por el mismo San Agustín, sin detrimento de sus beatíficos escrúpulos, porque en nuestras frases no había ni un sólo vocablo de los que empleaba Ovidio el narigudo para enardecer la sangre de aquellas libidinosas cortesanas que suspiraron en Roma por los tiempos de César Augusto (que en paz descanse).

Juntos los dos, leíamos el *Año Cristiano; el Kempis,* ó *El Perfecto Devoto;* juntos nos horrorizábamos ante el título *El capitán Burle,* de Zola; *Gustavo el calavera,* de Paul de Koc; *Incesto,* de Zamacois, y de otros *infames libros* que, con escándalo de la inocencia, daban á la estampa los progenitores excomulgados del arte erótico, de la prosa sensual, lasciva... y mala; y juntos, en fin, repasábamos curiosos las mil y mil noticias de la prensa rotativa. En cuanto al *Piripitipi,* La Saeta y otros periódicos *por el estilo de éstos...* ¡lagarto! ¡lagarto!

Hace poco tiempo, al iniciarse las reclamaciones sobre la Mandchuria entre Rusia y el Japón, ella, mi Luisita, tuvo un pensamiento ingenioso, que puso en práctica en seguida y sin reservas... diplomáticas.

Ideó llamarme Japón, por ser mi color algo pálido; denominarse ella Rusia en virtud de *sus grandes energías,* y Mandchuria á un beso (beso casto, ¡no hay que alarmarse!) de sus rojos labios, que yo debía conquistar por las fuerzas de mi amor y poniendo en juego la constancia, la fidelidad, las promesas y todo ese catálogo de *imposibilidades* que desean las mujeres ver reunidas en el corazón de un hombre de veinte años.

Acepté el reto lleno de júbilo, y con gran discreción hice los preparativos necesarios para emprender la bélica campaña, tenaz y porfiado.

A las primeras insinuaciones, Rusia se hizo la sorda, pero todos mis afanes y deseos, en *reunión magna*, decidieron enviarla un *ultimatum* seco y duro, que ella, sin embargo, supo eludir con promesas vagas y tardías.



M. D'Ardette (coupletista)

Me consumía la impaciencia; pero un día (coincidió con el de la ruptura de hostilidades entre aquellas naciones), al entrar en el lindo gabinete donde Luisa me esperaba, la encontré sola, completamente sola.

La tarde estaba fría y lluviosa. La atmósfera, preñada de electricidad, comunicaba al cerebro una pesadez soñolienta, y á los nervios una actividad convulsiva. Yo estaba intranquilo, desasosegado, nervioso.

Me acerqué á Luisa rápidamente, pidiéndole el beso consabido.

La negativa fué rotunda y descarada.

Puesto de pie junto á ella, la dominaba en absoluto, y, penetrado de esto, sentí despertarse en mi alma todos los instintos secretos de la *raza amarilla*, avasalladores, terribles, omnipotentes.

Declaré la guerra *in continenti*, y, siguiendo el ejemplo de *mi representada*, empecé sin pérdida de tiempo á bombardear la plaza, que respondió á mis acometidas con sacudimientos vigorosos.

De pronto, rodamos por el suelo, unidos en estrecho y mortífero abrazo.

Una nube de humo cegó mi vista, algo debilitada por misteriosas sensaciones, pudiendo sólo observar que Luisa continuaba su defensa, ya avanzando, ya retrocediendo, aunque siempre con lentitud y perdiendo muchas fuerzas, según podía apreciar por los débiles lamentos de sus soldados heridos... pero ¡ay! cuando ya creía seguro el triunfo, oí los disparos, es decir, las voces de la escuadra rusa, constituída por el acorazado de la madre de Luisa, que repercutieron en mis oídos con acento de vicaría, digo, de muerte, y tuve que emprender la retirada, cantando, no obstante, un himno de victoria, porque allí quedaba destrozado Port-Arthur, el lindísimo puerto situado entre los golfos de Liao-Tung y de Corea.

Francisco Sánchez Garrido



Un fuego... *fatuo*

Visitar á los enfermos

Hace muy poco tiempo
que enfermó Timoteo,
y, según los discípulos de Hipócrates,
entregará muy pronto su pellejo.
Enterado del caso
el noble don Eusebio,
se dispuso, cual manda la doctrina,
á visitar solícito al enfermo.
—¿Qué tal, hombre?—le dice.—
Di, ¿cómo marcha eso?
No te amilanes, ¡vaya!, que la vida
cuando termina, nadie los sabemos.
—Es verdad, sí, señor, más me parece
que de esta no lo cuento;
el mal que me conduce hasta el sepulcro
no tiene ya remedio.
La vida se me escapa,
vivir ya más no puedo,
¡me enamoré de una mujer, y vea
usted cómo me ha puesto!
—¿De enamorarla? ¡Hombre! ¡Hombre! ¡Hombre!
No seas majadero.
—La enamoré... y á más... pasé una noche
con la tal en su lecho.
—¡Canela! ¡Caracoles! ¡Reca... nastos!
¿Pues tú no sabes, necio,
que esas cosas se hacen con prudencia?
—Por Dios y por los santos,
no me diga usted eso,
¡con Prudencia lo hice hace muy poco
y... ya ve usted, señor, cómo me ha puesto!

Fray Tabardillo

Flores y espinas

Ernesto, mi compañero de estudios, y yo, bebíamos una botella de cerveza negra; él, hablador incansable, comenzó á charlar, y yo, como siempre, á escucharle.

—Descansaba en mi pueblo de las tareas estudiantiles. Allí, en el hogar tranquilo y en el amor de mis padres, aniquilaba la fatiga del estudio, fortalecía el espíritu, tantas veces agobiado por la voz severa del profesor, remozaba el cuerpo, algo enfermo por las muchas veladas y por algún desorden, y acaparaba, en fin, vigor y energía.

La curiosidad, mal de pueblo, condujo hasta mi casa á todas mis paisanas, viejas y jóvenes,

feas y bonitas. De entre todas, es natural que alguna llamase mi atención poderosamente. Y esa fué Isabel, una muchacha gentil, esbelta, guapísima. Era morena, y en el mirar de sus ojos negros había una mezcla de candor y de malicia. Su carácter era alegre, juguetón, agradable. No estaba quieta un momento, ni callaba un minuto. Yo, enamorado á seguida de sus gracias, la miraba sin cesar y seguía con la vista todos sus movimientos. Sí, porque al más leve vaivén que á su cuerpo imprimiera, se veían temblar sus senos fecundos y altos, mal sujetos con el frágil corpiño de verano; sí, la miraba siempre porque, inquieta de continuo, al cambiar de asiento, al hacer carreras cortas ó al dar brincos coquetones, mostraba sin saberlo la redondez amable y el palpitar conmovedor de sus bien formadas caderas, defectuosamente presas por un vestido corto, no cubriente de sus pantorrillas carnosas. Así era la mujer que picó mi deseo y excitó mi juventud. Inútil creo decirte que le hice el amor en seguida, y que puse especial cuidado en conquistarme su afecto.

Ella, ingenua y sencilla, creyó mis palabras y gustó mis atenciones y modales, menos toscos naturalmente, que los de aquellos zagalotes, nacidos y criados con la rudez propia de la aldea ignorada.

Una tarde fresca y plácida,—ya estábamos en el mes de septiembre,—fuimos Isabel y yo á coger flores del campo, para hacer una ofrenda á la Virgen que allí veneramos, aunque en realidad íbamos por decirnos *cosas*, sin testigos ni estorbos, y para vernos todo lo cerca que nos viniera en gana. A la caída de la tarde nos hallamos junto al río; cansados por la mucha distancia corrida, nos dirigimos á una especie de bóveda que formaba la vegetación, fecundísima por aquel sitio, y nos sentamos á descansar, lejos de toda mirada, pues aquel hermoso y oportuno rincón, oculto de la vereda estaba. Isabel, roja como una guinda y fatigada del andar excesivo, hacía palpitar su seno abundante al recoger el aire puro y perfumado de la campiña. Yo estaba... como es natural que estuviese después de haber gustado media tarde la proximidad de una hembra sabrosísima.



Una que busca nidos

La miré un rato fijamente; le hablé después bajito, dando á mi palabra acento de persuasión, y después, acometido brutalmente por un deseo rápido é irresistible, la abracé anhelante con todo el apasionamiento de un alma caldeada por el potente fuego del amor.

La dicha de aquel contacto penetró hasta mis huesos y me estremeció de placer...

¿De qué iba á servir la débil resistencia que opusiera Isabel? Yo estaba loco, no razonaba y vencí...

Calló Ernesto y quedó pensativo, como haciendo recuerdos. Pero ya sentía yo curiosidad por saber el fin *de aquello*, y no tuve paciencia para esperarle.

—Continúa,—le dije,—que me has hecho curioso.

—Pues nada. Que Isabel no quiso volver por flores, y que pocos días después abandoné el pueblo para buscar aquí el estudio.

—Bien; pero...

—Chico, la aventura no tiene más final. Yo por ahora, nada puedo añadir; pero tal vez me entere *de algo* cuando en julio vuelva á mi pueblo.

ABELARDO DELGADO



Galería de bellezas: (7.ª de la serie)

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

Precio una peseta

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

—— DE ——

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

LA SAETA

—— SEMANARIO ILUSTRADO ——

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astro . .mía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.
Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.
Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres
La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.
Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.
El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.
Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.